

Exámenes

La temporada de exámenes se inicia en formatrágica. No hace mucho, los diarios dieron cuenta del suicidio de un niño en Concepción, por haber salido mal en sus pruebas de fin de año, y ayer se ha publicado el caso de un alumno que sufrió un ataque al corazón en los momentos en que rendía exámen de inglés en el Liceo Barros Borgoño.

Menos mal que estos hechos, que aunque aislados, revelan cuanto afectan la salud de los alumnos el recargo de trabajo y la emoción nerviosa, provocados por los exámenes, fueran los únicos inconvenientes de un régimen contra el cual vienen clamando desde tiempo atrás nuestros más distinguidos pedagogos.

En efecto, nada hay más absurdo que un procedimiento que entrega a la audacia, la labia o la habilidad, que nada tienen que ver con el saber, la prueba destinada a apreciar los conocimientos acumulados por el alumno durante el año escolar.

Todos hemos pasado por los exámenes y sabemos a que atenernos respecto a su valor como elemento de apreciación científica. Si no fuera por las advertencias del profesor, los ~~exa~~ examinadores se pondrían a confundir los peores alumnos de una clase con los más aprovechados y estudiosos.

Y si como factor de apreciación del saber, los exámenes son deficientes y absurdos, lo son mucho más como parte de un sistema de enseñanza. Los estudiantes pierden de vista el fin principal de sus esfuerzos, que es la adquisición de nociones científicas, para preocuparse exclusivamente, de la manera de exteriorizarlas lucidamente, en un momento dado. No tratan de aprender bien, sino de dar un buen exámen.

De ahí que todo el sistema pedagógico de algunos establecimientos gire alrededor de las pruebas de fin de año; de ahí también, que haya profesores, y aún colegios, que después de haber tenido la paciencia de recolectar las preguntas - generalmente bastante repetidas - hechas por las comisiones durante varias temporadas de exámenes, se dediquen especialmente a adiestrar a los alumnos en responder a tales cuestionarios.

Lo peor es que ^{como} para semejante ilustración basta con unos cuantos meses de trabajo, profesores y alumnos compiten en pereza durante el resto del año. ¿De que sirve - se dicen unos y otros - gastar su actividad en inculcar y aprender nociones generales que no podrán apreciarse en el exámen?

Es claro que sería mil veces más provechoso para la enseñanza, que durante todo el curso, el profesor se diera el trabajo de exigir a los alumnos un estudio metódico, y de aquilatar día a día sus conocimientos. El conjunto de las notas del año, serían un elemento harto más seguro y preciso para conocer el grado de preparación de los estudiantes.

Si se quiere mantener el régimen de los exámenes, manténgasele en buena hora, pero solo como un factor secundario que venga a agregarse al resultado de las notas obtenidas por los alumnos durante el año de trabajo.

Lo demás es apartarse del verdadero fin de la enseñanza, y malgastar inútilmente el tiempo y la salud de los estudiantes.